



LA AUSENCIA DE
DIOS Y SU
PRESENCIA

Carlos G. Hirschfeld, S. I.

HA sido CHARLES MOELLER quien ha dicho (1) que no se puede rechazar el cristianismo por mal-

(1) *Literatura del Siglo XX y Cristianismo I*, Ed. Gredos, Madrid, 1958, 2.^a; pág. 276.

humor. Que es como decir que Dios y nuestras relaciones con El han de estar al margen del *mare magnum* de la vida. Y esto, aun cuando necesitemos entronizarlo en cada uno de nuestros actos; aun cuando apoyemos sobre El la más insignificante de nuestras realizaciones.

Dios y nuestra vida religiosa necesitan ser algo así como una abstracción intocable. Un problema ya resuelto. Decir esto, no es pecar de oscurantista y astudizado. Todo lo contrario. Precisamente porque no nos asusta el tema vamos a entrar en él. Pero enfocándolo así: nuestro problema religioso abarca los silencios de Dios y sus voces; sus gracias y nuestros pecados; su presencia y su ausencia; nuestra alegría y nuestros pesares; nuestra fe y nuestro desaliento. Esta enumeración se podría alargar más y más hasta dar en la razón de por qué nos olvidamos de Dios. Hablo, no de un olvido metafísico, sino de nuestra vulgar cobardía, de nuestra ruda pereza, de nuestro desatinado vivir sin más la vida religiosa.

Es éste un enfoque *personal*.

Dos dificultades

Y voy a salir al paso de dos dificultades.

Una de ellas se plantea así: ¿es o no cierto que el hombre, cuando peca, está destruyendo su dicha?

Esta pregunta tiene una respuesta seria: si fuera verdad que en el pecado no había *dicha*, los pecadores disminuirían en un 90 %. (El otro 10 % lo dejaríamos para los tarados con que cuenta la humanidad):

Partimos, pues, de que el hombre busca su dicha a espaldas de Dios. Y damos por descontado que la encuentra.

A estos hombres y a estas mujeres parece que no les hace falta la fe. Ni que añoran a Dios. Además y, sobre todo, parecen dichosos.

La segunda prueba, la segunda dificultad para nuestra vida religiosa po-

dría ser ésta: ¿La Iglesia, con su historia, nos da el ejemplo necesario?

A estas dos dificultades nos vamos a esforzar en buscarles solución. Una solución no esquemática, sino entreverada de reflexiones. El ideal sería que al acabar de leer hubiésemos olvidado tales dificultades.

Y afirmemos categóricamente que sería ligereza y "dejarse llevar del mal-humor" violar la intocabilidad de nuestra vida religiosa.

Presencia de Dios: en la historia

No vamos a comenzar afirmando que Dios es necesario en nuestras vidas.

Vamos a afirmar esto otro: que históricamente hubo una fecha en que el amor de Dios hizo posible lo imposible: que Dios se hiciese hombre: *Verbum caro factum* (Jn. 1,14). Dios con nosotros: *Emmanuel*: tal como lo vieron los profetas; tal como lo esperó y creyó Israel; tal como lo necesitábamos: Dios "*plantó su tienda entre nosotros*" (Jn. 1,14).

Este misterio, es el *sacramentum*, la señal por la que se nos manifiesta la plenitud de la virtud de Dios ("*toda la plenitud de la divinidad*", Col 2, 9). Toma Dios nuestra carne para asemejarse a nosotros.

El misterio de la Encarnación vino a establecer y fijar una constante presencia de Dios entre los hombres.

Además de esto, el carácter sacramental dejaba en nosotros como la huella del paso de Dios. Por el Bautismo, el cristiano se configuraba de tal manera con Cristo Dios, que por él nos hacíamos divinos (2). Era éste un misterio inimaginable: a la presencia de Dios entre nosotros, se añadía la presencia de los hombres en

(2) Sobre los efectos del carácter sacramental en el alma hace M. J. SCHEEBEN unas esclarecedoras reflexiones en su *Misterios del Cristianismo*, Herder, Barcelona, 1957, págs. 615-627.

Dios, a través del Cuerpo místico de Cristo.

Pero nuestra condición humana, al administrar su libertad, ha hecho de los miembros divinos una profanación: y un antojo de nuestra insoslayable necesidad de Dios.

El naturalismo de la dicha

El hecho es que de Dios nos acordamos poco.

Al hombre siempre le ha atraído la dicha. Es verdad que hay épocas singularmente fascinadas por los atractivos de los sentidos. La nuestra podría ser una de ellas.

El fenómeno religioso que subsigue es evidente: el hombre pierde vida interior. Se emborracha de naturalismo. Nos naturalizamos todos. Vamos a decirlo —¿por qué no?—: hasta los que por vocación estamos llamados a cosa bien distinta.

Nos hemos acostumbrado a perdonar y a absolver, como nos hemos acostumbrado a pecar (3). Estamos hechos a caer y a levantarnos para caer nuevamente. Nos obsesiona la diversión. Nos empeñamos en ser dichosos: aun al precio de un agudo resquemor, o de un arrepentimiento previsto para la mañana siguiente.

Entendámonos: esta contraréplica de toda vida interior, esta naturalidad para saborear la dicha, este bien ver casi todas las cosas, esta camaradería intrascendente entre chicos y chicas, so pretexto de que es necesaria... (4): todo esto ¿no nos cierra el paso a Dios? ¿no lo pagaremos en el plano de una vida espiritual anémica, infecunda, inoperante?

(3) Todo esto lleva consigo un problema pastoral serio: ¿viene el hombre al sacramento suficientemente dispuesto? El problema así no lo tocamos ahora. Nos fijamos en esto otro: tal vez facilitemos la vida religiosa, en el sentido de que ni nos exijamos ni sepamos exigir.

Ausencia de Dios: un ejemplo

El hombre de hoy ha sabido prescindir de Dios.

Esto que es una mentira metafísica, dolorosamente es un hecho práctico.

ALBERT CAMUS estimó la moral como una hipocresía monstruosa. Dudó de todas las purezas. Pensó que la vida sería tanto mejor vivida cuanto menos sentido le buscásemos. Negó la existencia de la eternidad. Afirmó que el mayor pecado contra la vida era esperar otra vida. Se confesó sin alma bastante para comprender cualquier ideal. Y concluía: "no es que sea preciso portarse como bestias, pero no encuentro sentido a la dicha de los ángeles" (5).

Precisamente en los días en que redactaba estas líneas impresionó la prensa del 5 de enero con la muerte de ALBERT CAMUS. Yo no condeno a este pobre hombre, uno de tantos con los que la vida jugó amargamente. Yo no le juzgo porque no soy quién. Dios sí lo juzga, mejor: ya lo ha juzgado. Y en sus juicios nadie es parte.

Pero creo que nos es lícito levantar acta de nuestra disconformidad con mucho de lo que escribió con aplauso de tantos hombres. Y a estas alturas decimos que CAMUS se equivocó. De arriba abajo. Preconizó la ausencia de Dios y de la conciencia. Seguramente acertó al decir que el mundo había prescindido de Dios. Pero se equivocó cuando de este nihilismo hizo una filosofía; cuando de nuestra miopía humana hizo brotar la desesperanza en otra vida; cuando de unos jóvenes veraneantes de Argel hizo unos evange-

(4) No es que veamos sólo inconvenientes en el trato... Creo que es necesario que se conozcan, se traten, se ayuden. Pero hay que ser sinceros para advertir (y valientes para advertirlo a otros) cuándo en vez de ayuda mútua lo que brota es enervamiento, afeminamiento, ligereza, coquetería o pecado.

(5) CAMUS, ALBERT, *Noches*, p. 77. Argel.

listas de la dicha y la esperanza terrenas.

Contra esa ausencia de Dios que él estimó definitiva, nosotros hablamos de su presencia; contra ese "vivir sin la gracia" que él estimó como la única preocupación de los hombres, nosotros hablamos de esa "preocupación" (valga la palabra) de Dios por poner en nosotros la vida de la gracia.

Ha habido en la historia una corriente tan antigua como nuestra pre-sunción que estimó que el hombre lo podía todo con su esfuerzo (6). La Iglesia ha luchado con éxito hasta hacernos ver lo contrario: es la *gracia de Dios* la que nos saca a flote. Ello ha de ser un serio fundamento para nuestra confianza. Hemos de ver cómo la voluntad salvífica universal de Dios se extiende, igual que el aceite busca todo escondrijo. Así llegan las gracias suficientes de Dios a todos los hombres.

Todo esto hay que creerlo con una fe fundamental; con una fe vivísima.

Pero resulta que muy frecuentemente la fe la tenemos sólo para rezar a un santo, tal vez para rezar a Dios *con la condición* de que nos oiga en cualquier súplica. Con lo que ni nuestra fe ni nuestra oración, así entendidas, llegan a ser auténticas.

Porque establecemos este razonamiento elemental: —"yo creo en Dios si El me concede esto y esto por mi oración"; o este otro: —"yo oro a Dios para que me conceda esto"; "¡como no me lo concede...!"

Y decimos que ni la fe es sólo un razonamiento intelectual, ni la oración un modo de resolver expedientes difíciles.

(6) Nos referimos al Pelagianismo: el núcleo del pelagianismo es éste: no hay necesidad de gracia, ya que la naturaleza nuestra no nace dañada por el pecado. Otros dicen que esa naturaleza ya, de alguna manera, es una gracia. Es decir, siempre está en las mismas fuerzas de la naturaleza nuestra el poder..., no en la gracia que nos da Dios.

La vida de fe se parece más a una entrega total que a un proceso discursivo intelectual. Es amor y es esperanza. Es gracia de Dios y origen de nuevas gracias con que entender ese azaroso mundo que nos rodea, todos esos sufrimientos nuestros y de otros, toda esa anemia espiritual nuestra, toda esa tentación y esa apetencia...

La fe era para Pablo lo que debe ser para todo cristiano: la base y la garantía de los bienes que esperamos: *sperandarum substantia rerum* (Hebr. 11,1).

Y esperar en Dios no es fundarse en razones humanas para ser optimistas, diciéndonos a nosotros mismos que "esto acabará arreglándose", o pensando que "tengo bastantes amigos para obtener...". De este modo no se puede sentir a Dios cerca. A Dios se le siente cerca cuando de verdad se espera en El. Cuando aceptamos incluso esto tan duro de que nada se arregle para nosotros. Ahí, en ese punto existencial de cada uno, está exactamente el encuentro con Dios. Entonces es cuando Dios se nos hace presente. Cuando esperamos en El sin egoísmo alguno, a base de *creer* en sus palabras, movidos por el mismo Dios al que *amamos* tan desinteresadamente que nos entregamos sin más, de una vez y para siempre.

Este sendero de tres virtudes fundamentales es el que se conforma bien con una vida cristiana. Ahora Dios se siente en la vida.

La oración

Para colocarse en esta tesitura espiritual hay que orar a Dios. Orar bien ya que es una gracia de Dios. Es un primer movimiento que sale de Dios hacia nosotros, y que vuelve otra vez a El en forma de verdadera súplica.

Cuando la oración es tal, ya está Dios presente.

Pero no nos vayamos por las ramas y ahondemos en la maravilla de Dios cerca de nosotros. La maravilla de la fe en Dios: esa gracia para creer en El.

Fe viva, que lleva consigo esperanza y amor a Dios. Fe viva, que nos arrastra hasta Dios y que decide nuestra entrega. Fe vivísima en Dios: Convencidos de que nos oye, persuadidos de que nos llama a Sí. Gracia de Dios también para unirnos a El: presencia de Dios que anima nuestra vida de hombres atribulados o tentados o desanimados o arruinados o desesperados. Maravilla de la fe en Dios: sin abandonarlo porque no nos oiga, sino con una conformidad serena y esperanzada en cuanto nos ocurre.

Todo esto... es gracia.

Todo esto y cualquier cosa. Bellamente JORGE BERNANOS lo dejó dicho como en una lápida (7): *todo es gracia*. Todo es —o puede ser— auxilio, socorro, ayuda, presencia de Dios en nuestra vida.

La fe en Dios capaz de originar esta transformación en un hombre ha de ser pedida en la oración, gustada en el recogimiento de una vida interior celosamente conservada, robustecida por los sacramentos, enriquecida en la lectura reposada y sabrosa de la Escritura

Los que oyen a Dios pero no confían

Hay una página de GRAHAN GREENE que describe maravillosamente el fenómeno religioso de un hombre desesperado. Scobie es un hombre que sabe hablar con Dios y que oye a Dios. Scobie ha sido infiel a su esposa; y no quiere hacer sufrir ni a su amante abandonándola ni a su esposa confesándole su crimen. Scobie ha decidido suicidarse. Es cuando aparece en su vida la voz de Dios:

—“¿no puedes confiar en mí como confiarías en un perro fiel...? (...) ¿No puedes contar conmigo para cuidar de que el sufrimiento (de ellas) no sea de masiado grande?”

La voz se calló en el fondo del abismo y su propia voz respondió *sin esperanza*:

—no, no tengo confianza en tí. Te amo, pero jamás he tenido confianza en Tí (...) No puedo echar en Tí mis responsabilidades (...) No puedo hacer sufrir a una u otra para salvarme a mí mismo. Soy responsable y saldré del paso de la única manera que me es posible. La muerte de un hombre enfermo no les causará más que una corta pena. Todos somos mortales. Todos estamos resignados a morir. Es a la vida a lo que no llega uno a resignarse” (8).

¿No hay en este proceso un reflejo bastante fiel de esa cobardía nuestra para aceptar la presencia de Dios en nuestra vida con todas sus consecuencias? Una vez que Dios, en su misericordia providente, se ha acercado hasta nosotros a pesar de nuestros pecados, hay que saber dejar en El todas nuestras responsabilidades, hay que resignarse cristianamente a seguir viviendo, hay que aceptar alegremente la paciencia y vivir pacientemente la esperanza. Cualquier cosa menos prescindir de Dios.

Porque de Dios no se prescinde

La vida tiene otro misterio que reclama nuestra preocupación: el de nuestra *libertad*. Dios dejó su administración en nuestras manos.

“El joven ser humano va a medir a lo largo de su vida la profunda debilidad de su ser cuando pretende prescindir de Dios. Quiriendo desde el principio *ceñirse él mismo e ir donde le plazca*, el hombre aprende, a lo largo de su vida, que es preciso que *otro le ciña y le conduzca adonde no quiere ir*” (9). Tiende, sí, el hombre a liberarse. Pero la vida le irá enseñando que es menester que otro le ciña... Al

(7) BERNARD, GEORGES, *Journal d'un curé de campagne*. p. 36 Plon, 1936.

(8) *El revés de la trama*, Barcelona, pág. 415.

(9) CHARLES MOELLER, o. c., pág. 389.

final de la vida, ojalá antes, se dará cuenta de que es bastante difícil y sumamente expuesto prescindir de Dios.

Pero a pesar de ello, y de cuantos predicadores baratos se empeñen en lo contrario, cuando el hombre *decide* prescindir de Dios, no le viene por necesidad una desazón. Antes al contrario: hay testimonios de hombres que abandonaron a Dios y que momentáneamente gozaron de la paz y libertad de su espíritu. También Adán tuvo un primer sentimiento de que el mundo era suyo. Aquella primera dificultad de la página primera no quería ser sino una llamada a esto que ahora señalamos.

Hay que decirlo sin miedo: a pesar de todas las cosas, lo duro y lo difícil es la vida en Dios.

Entonces ¿qué estadio de la vida del hombre cristiano nos reserva la alegría de la dicha?

La alegría de Dios

La alegría de Dios viene siempre después: nos la da la fe firme en El, una esponjosa esperanza en su palabra, el amor a su persona. Viene con su presencia. O envuelta en la buena conciencia, o en ese bien que esparcimos en torno nuestro. Es el premio de Dios que tantos cristianos se enorgullecen de poseer y por lo que dan incesantes gracias.

La alegría de Dios la da esa verdad tan traída y tan llevada que apenas si nos atrevemos a enunciar: Dios nos ama. Realidad a la que oponemos "una tibieza invencible", o esa educación moderna "con que burlamos la astucia de ese perpetuo sitiador que es Dios". Realidad maravillosa a la que tenemos que abrirnos desde nuestra vida cristiana, en el ejercicio de las tres virtudes teologales. Realidad punzante con que sajar nuestra tristeza, nuestra ne-lancolía y nuestra pereza. Dios nos ama: "Esto sólo sería motivo para volvernos locos" (10).

Se trata de un problema español

Allá arriba, al comienzo, enunciábamos otra dificultad para nuestra vida religiosa: la desalentadora historia de muchas épocas y de tantos hombres de Iglesia.

Lo primero que cabría contestar aquí es que la religión es un problema de uno con Dios. Y que a medida que nuestra personalidad sea más definida, menos necesitará de que otros hayan sido buenos para que uno lo sea.

Lo segundo, que la fe mía no se compra con el "buen ejemplo" que me *debieran* haber dado los *buenos* cristianos o los *hombres de Iglesia*.

Lo tercero, que la historia, la literatura y la vida no cesan de mostrarnos ejemplos de miserables hombres en los que se ha manifestado *el poder y la gloria* de Dios majestuosamente. Porque decir que Dios tiene necesidad de los hombres, no pasa de ser un hiperbólico eufemismo. Y en ese silencio aparente de Dios, bajo harapos humanos, va hablando y actuando su gracia, a través de esos signos santos —los sacramentos— que no necesitan de la santidad de sus ministros, sino de nuestra personal disposición para recibirlos.

Lo cuarto y último que respondo es que la fe nuestra no es en los hombres que componen la Iglesia, sino en Dios y en su Iglesia. Y la fe y la santidad siempre estarán con la Iglesia: esa indestructible nave, esa inmutable roca, ese ardiente espolón: combativa y pacífica, atormentada y triunfante, pecadora en tantos miembros suyos, aun de Jerarquía, sus hijos y, no obstante, santísima en su esencia, es decir en su Autor y Cabeza, Cristo; en su alma, el Espíritu Santo; en su fin, la santificación de los hombres; en sus medios, doctrina, sacrificio y sacramentos; y también en muchos de sus miembros, de los que con su vida honesta, o con su espiritualidad sobresaliente, o con

(10) JULIEN GREEN, *Journal III*, 219-221.

sus virtudes heroicas le dan el justo título de sociedad santa, no obstante las limitaciones de su estadio terrestre esencialmente imperfecto.

Así de palpitante hemos de considerar nuestra fe: llena de Dios, bendecida por El, sostenida por su gracia.

El juego de la gracia

Los hombres de hoy (yo creo que los de siempre; pero en fin, hoy viven los de hoy) sufren una aparente ausencia de Dios.

Su debilidad máxima la comprueba el hombre en su caída. Miembro de Cristo por el Bautismo, miembro vivo por la gracia, sufre un trauma enérgico cuando choca con el pecado. Hemos de imaginárnoslo así. Es un trauma mortal. Realmente mortal: sin metáforas.

En este estado de caída y pecado es la gracia sola la que nos salva otra vez. CHARLES MOELLER establece una comparación: los esfuerzos ascéticos nuestros, nuestras oraciones..., se parecen a esos ejercicios que un aprendiz de nadador ejecuta fuera del agua. Sin el agua profunda y refrescante de la gracia, el aprendizaje nuestro no se transfiguraría en la libertad auténtica de los hijos de Dios (11).

Esta gracia, ya lo hemos insinuado, viene a nosotros por nuestra oración. Una oración, que es, asimismo, gracia de Dios. Una oración que es presencia viva de Dios en nuestra alma.

Porque la oración no es ante todo para pedir favores temporales: es sobre todo para orar. Para eso da Dios su gracia: para que oremos, nos pon-

gamos en contacto, hablemos y sintamos a Dios cerca. Así entendida, la oración nos serena, apacigua nuestros malos deseos, aclara nuestra visión de las cosas, afina nuestra alma y nos acerca más y más a Dios.

"El fin de la oración, dijo JULIEN GREEN (12), no es tanto obtener lo que pedimos como hacernos otros. Sería preciso ir más lejos y decir que pedir algo a Dios nos transforma poco a poco en personas capaces de renunciar a lo que pedimos".

Si el hombre llega, en el dominio de todos sus sentimientos, a ser capaz de renunciar a lo que pide, es que de verdad ha dado con Dios y que sinceramente está contento con su suerte. Tener a Dios y estar contento: ¿puede haber un modo más esperanzado de vivir?

* *

Yo cerraría estas reflexiones asegurando que hay cristianos que realmente han dado de lleno con Dios. Aseguraría que hay cristianos tristes, con un cristianismo apenas esbozado, de éstos afirmaría con BERNANOS (13):

"lo contrario de un pueblo cristiano, es un pueblo de tristes, un pueblo de viejos. Me dirás, declaró el cura de Torcy, que la definición no es muy teológica. De acuerdo. Pero basta para hacer reflexionar a esos señores que bostezan en la Misa del Domingo. ¡No es extraño que bostecen! No pretenderán que en una desdichada media hora semanal, la Iglesia pueda enseñarles la alegría".

(12) *Journal III*, 221; lo trae MOELLER o. c. pág. 426.

(13) *Journal d'un curé de campagne*, p. 22-23.

(11) o. c. pág. 434.